

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

ADVERTENCIA

Se ha agotado la primera coleccion de los articulos originales de LA LECTURA POPULAR.

La segunda coleccion continúa vendiéndose en Madrid, casa del editor D. José del Ojo y Gomez, calle de S. Bernardino, 10, 2.º derecha; al precio de una peseta cada ejemplar.

Al que tome doce se le regalarán dos y al que tome ciento se le regalarán veinte. Los pedidos deberán ir acompañados de su importe.

SECCION RECREATIVA.

NO HAY QUE EXAGERAR

I.

A LOS DOCE AÑOS.

—Don Simplicio, ¿y el muchacho?

—No me diga usted nada del muchacho. Estoy encantado. ¡Qué chico tan listol! Se pasmaría usted; no coje libro que no aprenda. Su maestro está loco. Dice que es una alhaja; y como uno al fin es padre, se le cae la baba.

—Supongo que procurará usted darle una buena educacion.

—No faltaba más. Mucho que sí. Mire usted, aun no ha cumplido trece años y ya le he puesto seis profesores.

—¡Atízal...

—Sí, señor; lo que usted oye, seis profesores; uno de matemáticas, otro de frances, otro de música, otro de equitacion, otro de esgrima, otro de baile y otro de...

—¡Ave María Purísima! ¿Dónde va usted á parar, D. Simplicio? Es decir, que á estas horas, el muchacho de usted canta, baila, monta, cuenta, y además habla para que no lo entienda usted. No me parece mal; pero vamos al caso: ¿qué tal anda de doctrina cristiana?

—¡Qué cosas tiene usted, tío Matracal! Ya se supone que eso lo aprenden los niños en la escuela.

—¡Ahí conque ya se supone; es decir, que usted supone que cuando niño le enseñarían la doctrina como podrían enseñársela á un papagayo, con lo cual usted se da por satisfecho, y aquí paz y despues gloria.

—Vaya, hombre, no hay que exagerar ciertas cosas.

—Sí, ya entiendo; no hay que exage-

rar la doctrina cristiana, aunque se exagere todo lo demás, ¿no es esto? Pues nada, señor D. Simplicio, al tiempo que es buen maestro y nos dirá dónde están las verdaderas exageraciones.

II.

A LOS VEINTE AÑOS.

—Don Simplicio, ¿le ha escrito á usted el muchacho?

—No, señor, hace tiempo que no me ha escrito; pero supongo que estará bueno.

—Pues suponer es; porque bien pudiera estar malo.

—¿Acaso sabe usted algo?

—De su salud nada de particular; pero de su conducta... alguna cosilla.

—¡Hombre... respiro!

—¡Ah! ¿con que respira usted porque no está enfermo del cuerpo, y se queda usted tranquilo aunque lo esté del alma?

—Hombre, no digo tanto.

—Pues advierto á usted que me escribe un amigo diciéndome de él cosas muy graves. Su hijo de usted no duerme una noche en su casa; pasa el tiempo en los cafés y en otros sitios peores; habla de religion como un salvaje; lleva una vida relajada; frecuenta el trato de gentes impías; en una palabra, que si no es ya un perdido de remate, está muy cerca de serlo.

—¡Caramba, con el muchacho! Pues diga usted si le doy consejos.—Pepe á los libros;—le digo—déjate ahora de tonterías, que ya tendrás tiempo de divertirte.

—¡Ah! ¿con que á todo eso le llama usted divertirse?

—Hombre, entiéndame usted. No hay que exagerar tanto. A los muchachos conviene entenderlos, y no hacer demasiado caso de sus cosas. Eso sí, yo quiero que mi hijo estudie. Lo primero es antes. El hombre sin carrera no es hombre.

—Y el hombre sin religion ¿qué es?

—Le diré á usted...

—No, quien dirá soy yo. El hombre sin religion es una fiera que acaba por devorarse á sí misma despues de haber dañado mucho á los demás.

—¡Caramba, tío Matraca, siempre va

usted á parar al hoyo! Yo no digo que no haya uno de tener religion; pero considero que no se deben exagerar tanto esas ideas. El muchacho sabe ya donde le aprieta el zapato: es ya un hombre, y... ¡si viera usted que artículos escribiera!

—¡Ah! ¿con que escribe artículos?

—Sí, señor; en *El Despellejador*: un periódico de los más avanzados. Ha poco escribió uno magnífico, sobre la educacion libre de la mujer.

—Buenas andarán las mujeres que él eduque.

—Pues mire usted, ha gustado muchísimo.

III.

SEIS MESES DESPUES.

—¡¡¡Tío Matraca de mi vida!!!

—Don Simplicio de mi alma, ¿qué le pasa á usted?

—Una cosa terrible, una cosa horrosa: mi hijo se ha suicidado.

—¡Qué está usted diciendo!

—Lo que usted oye. ¡¡Hijo de mi vida! ¡¡Ya no existe! ¡¡Lo he perdido para siempre! Mire usted que carta.

Querido papá: Siento darte un disgusto, pero no hay más remedio. Estoy enfermo, entrampado, aburrido y no quiero vivir más.

Quizá debí descubrirte antes mi situacion; pero ¿qué remedio podías darme tú? Ninguno.

Me hubieras llenado de consejos la cabeza, y lo que yo necesitaba era llenar mi corazon, cosa que jamás he conseguido.

Sí, debo declarártelo francamente: no creo ni puedo creer en nada. Estoy convencido de que todo es mentira, y quizá esto me hace más desgraciado.

¿Qué es la vida más que un caos incomprendible?

¿Qué significa ésta ansia de mi corazon que jamás he logrado calmar?

No lo sé.

Sólo sé una cosa cierta y positiva: que vivo entre tinieblas y dolores, y para vivir así prefiero quitarme la existencia.

¡Ojalá no me la hubieras dado nunca!

Adios: olvida para siempre á tu hijo

Pepe.

—¡Para siempre! ¡para siempre! ¡Hijo de mi corazon! Qué cosa más terrible, más espantosa, más atroz.

—Sí, señor D. Simplicio, muy espantosa, muy atroz, muy terrible; pero vamos... no hay que exagerar.

A. C. y G.

LA HONRADEZ PREMIADA.

Regresando un mercader de una feria, á la que había acudido para sus negocios, halló en la mitad de su camino un brazo de río que necesariamente tenía que atravesar. No había profundidad de agua, y podía muy bien pasarse á caballo de una á otra orilla con solo tener cuidado de no inclinarse demasiado á la derecha hacia la mitad del río, pues en aquel punto había un profundo abismo en el que había perdido la vida más de un viajero. Advertido el mercader de aquel peligro, le había sabido evitar en varias ocasiones, pero en la que nos ocupamos no se anduvo con bastante precaución, y habiéndose acercado demasiado al precipicio, sintió de improviso que el caballo se le hundía dando un agudo relincho. En esto un labrador que no se hallaba muy lejos, advirtiéndole el inminente peligro en que se ve el infeliz mercader, desunche inmediatamente un caballo del arado, monta en él, y metiéndose en el río se adelanta con valor hacia el precipicio, y logra por fin agarrar por el vestido al infeliz mercader próximo á ahogarse, sacándole felizmente á tierra. En cuanto al caballo del mercader salvado, se fué al fondo del agua, contribuyendo más y más á sumergirle el peso de una gran maleta ó balija que llevaba.

Muchos esfuerzos y caritativos cuidados costó al labrador y á su familia el hacer volver en sí á su huésped desmayado y casi muerto. Recobró por fin los sentidos, pero fué para abandonarse casi enteramente al dolor y á la desesperación. De todo lo que poseía un cuarto de hora antes nada le había quedado sino la vida. Lo que más le affligía era la pérdida de una bolsa de cuero que contenía una gran cantidad de perlas y de diamantes. Y el caso era que llevando dicha bolsa muy bien atada á la cintura, era muy poco verosímil, casi imposible que la hubiese perdido en el agua, y por consiguiente todas sus sospechas recayeron sobre su salvador, el cual mientras él estaba privado de los sentidos podía haberle quitado aquel precioso tesoro.

En vano el honrado labrador protestaba una y mil veces por su parte no haber visto semejante bolsa; el desgraciado mercader no podía darle crédito, y se lamentaba tanto más amargamente cuanto que había fundado en el contenido de la bolsa la esperanza de muy lucrativos negocios, y sentía vivamente su infeliz situación.

Hubiera podido sin duda compeler en juicio al labrador, y dar á este hombre honrado muy serios disgustos, pues en efecto todas las apariencias le condenaban; pero el mercader tenía un alma demasiado

noble y generosa para dar cabida á semejante idea.—Me has salvado la vida poniendo en peligro la tuya, decía él al rústico, pero me has privado completamente de darte pruebas de mi agradecimiento. La única que puedo darte es no quejarme ante los tribunales del hurto que has cometido: absteniéndome de perseguirte en juicio te doy una compensación muy excesiva de los pequeños gastos que te he ocasionado. Pero á lo menos te pido que me des algún dinero para poder llegar á la ciudad más inmediata, donde hallaré conocidos y auxilios para poder vivir. Has hecho muy mal en quitarme esa bolsa: el valor de su contenido y aun más hubiera sido para tí, pues á pesar de ser mucho, tal vez no me hubiera parecido bastante para recompensarte el beneficio recibido. Ahora, empero, me pones en el caso de no poder agradecerte nada, y me dejas reducido á ver si con el tiempo, la industria y el trabajo podré restablecer algún día mi fortuna.

El pobre labrador estaba inconsolable por no poder probar su inocencia, de la cual protestaba en vano llorando á lágrima viva. Por fin acompañó un trecho á su huésped, separándose el uno muy descontento del otro.

Algunos meses después de la partida del mercader el labrador quiso estercolar su campo, y al vaciar un depósito lleno de estercol ve de repente colgando de su horca una larga bolsa de cuero; corre á examinarla más de cerca, y al abrirla encuentra en ella las joyas y piedras preciosas cuya pérdida tan amargamente había sentido el mercader. Pero ¿cómo había podido ir á parar aquella bolsa á semejante lugar? De un modo muy sencillo. Apenas sacado del río el mercader, se habían apresurado á desnudarle sobre la paja, mientras se le calentaba una cama, y la bolsa, de la que nadie se apercebía en aquellos momentos de confusión, fué arrojada algún tiempo después al estercolero junto con la paja que le cubría.

¿Qué hacer ahora, ó qué partido adoptar? ¿Dónde encontrar al dueño de la bolsa, ignorando completamente su nombre y la ciudad ó pueblo en que vivía? Es verdad que hubiera podido depositar aquel tesoro en manos de la autoridad, ó hacer anunciar su hallazgo en los periódicos. Pero á nuestro rústico no se le ocurrieron ni podían fácilmente ocurrírsele esos medios que ponen en práctica las gentes honradas cuando encuentran cosas de algún valor que no tienen derecho de apropiarse. Lo único en que pensó el buen labrador fué en estar á la mira por si viese pasar por allí al dueño de la bolsa, y cuando vino el tiempo de aquella feria iba muchas veces á pasearse por el camino, y otras muchas enviaba también allí á su mujer ó á sus hijos con la esperanza de ver pasar al mercader. Dos años trascurrieron de este modo sin lograr el anhelado objeto.

En el decurso de este tiempo la situación de nuestro labrador vino á hacerse extre-

madamente crítica por efecto de las malas cosechas, de lo numeroso de su familia y de otros accidentes, de modo que se vió precisado á vender su ganado, y reducido hasta á buscar alguna vez una limosna, y amenazado de tener que vender las pocas tierras que poseía para pagar sus deudas. En tales apuros su mujer y sus hijos le decían alguna vez: —¿No pudiéramos remediar nuestra miseria vendiendo algunas de aquellas piedras que hay en la bolsa de cuero, y que sin duda deben valer mucho, según lo que el mercader se desesperaba por su pérdida? Seguramente no volveremos ya á verle, pues todas las diligencias que hasta ahora hemos hecho para conseguirlo han sido inútiles: acaso incomodado con nosotros después del favor que le hicimos, no ha querido volver á pasar por aquí, ó tal vez ha muerto. ¿Quién sabe si viéndose arruinado su desesperación le ha conducido á un fatal extremo? De todos modos él mismo nos dijo que nos habría dado en recompensa de nuestro servicio el valor de todas estas piedras y aun más; bien pudiéramos, pues, vender algunas, y con su producto salir de los apuros en que nos vemos.—No, respondía el labrador, no; estas riquezas no son mías, y por nada del mundo tocaré á ellas. Nosotros no somos más que depositarios de ese tesoro, y debemos guardarlo para devolvérsele á su dueño. Algun día vendrá sin duda por aquí: Dios permitirá que nuestra honradez se haga manifiesta. Si el mercader nos hubiese dado voluntariamente alguna cosa, hubiéramos podido admitirla y aprovecharnos de ella con tranquilidad de conciencia, pero ahora no podemos apropiarnos ni una sola de estas piedrecitas. ¿Y qué importaría que el mercader hubiese muerto y que nadie hubiese de venir á reclamarnos la bolsa? Dios nos ve y nos pedirá cuenta de ese tesoro, que tal vez deja algún tiempo en nuestras manos para probar nuestra virtud: no volváis á hablar jamás una palabra sobre tal asunto. Llegaremos, si Dios lo permite, al último extremo de la miseria, pero la bolsa del mercader permanecerá intacta.

Un día al anoecer estaba el pobre labrador cenando muy frugalmente con su familia, cuando de repente se oye el ruido de un carruaje que se dirige hacia su miserable casita, y se para en frente de ella. Mira el padre de familia por una ventana, y ve bajar del coche á algunos caballeros, entre los cuales le parece reconocer al dueño de la bolsa. Palidecen de terror en aquel momento marido y mujer, figurándose que el comerciante llega allí con aquellos desconocidos con intenciones hostiles ó con ánimo de castigar por fin su supuesto delito: madre é hijos huyen cada cual por su lado á esconderse, y sólo permanece en su puesto el padre, tranquilo en su conciencia, y esperando desarmar la cólera del negociante devolviéndole su tesoro. En esto entra aquel en la casa seguido de sus compañeros de viaje, y el labrador le sale al en-

cuentro diciéndole:—Señor, perdonad, pero oidme, no creais... El recién llegado sin dejarle continuar se arroja al cuello del labrador, y le abraza diciéndole:—No temais, no veno á pedir os cuenta de la bolsa; ya se que no la teneis; hoy día no me cabe ya la menor duda acerca de vuestra honradez ni vengo aquí para otra cosa sino para demostraros con obras mi sincera gratitud. Has ahora no me he hallado en posición de hacerlo, y por otra parte no se habían desvanecido completamente las sospechas que había concebido contra vos.

Absorto de sorpresa el labrador al oír tales palabras, repicó al comerciante:—Puesto que habiais sospechado de mí, ¿cómo ha sido que ahora hagais justicia á mi honradez, y esteis convencido de que yo no toqué á vuestra bolsa?—En todos los viajes que he hecho á la feria, repuso el comerciante, he espionado secretamente vuestra conducta; hasta me he introducido en vuestro pueblo para informarme de vuestro estado de fortuna, y para saber si por ventura habiais ensanchado vuestra hacienda, ó hecho alguna nueva adquisicion, y por fin he llegado á saber á ciencia cierta que, léjos de vivir con más desahogo, la carestía de esos dos últimos años os ha reducido á la miseria y aun á la mendicidad, que habeis tenido que vender vuestro ganado, y que no pudiendo pagar una deuda de cincuenta escudos estais actualmente en peligro de que os vendan vuestra casita y vuestras pocas tierras. Quiero, pues, ya que el cielo me ha favorecido, pagaros mi deuda, y... El labrador oyendo esto no pudo contener sus lágrimas, y sin decir palabra entró en un aposento inmediato, y un momento despues volvió á salir, con extraordinario asombro de los que estaban allí presentes, trayendo en la mano la bolsa de cuero, y poniéndola sobre la mesa.—¿Qué significa esto? exclamaron todos.—Ved, dijo el labrador, no creo que os falte nada, examinadlo.

El mercader abrió la bolsa, y halló en ella hasta la más pequeña perla, hasta el más diminuto grano de oro ó diamante que había puesto allí.

Entonces el labrador le contó cómo se había extraviado y cómo había vuelto á hallarse aquella bolsa, confesándole al mismo tiempo que la necesidad en que se veía le había puesto en frecuentes tentaciones de hacer uso de aquel tesoro, pero que antes que cometer tal injusticia había preferido sufrir el hambre y vender hasta el último de sus animales de labor.—La Providencia, sin embargo, decía él, si bien me ha probado, no me ha abandonado nunca, y de un modo ó de otro me ha proporcionado algun recurso para que con mi mujer y mis hijos no perezamos de miseria. Finalmente, manifestó al mercader cuantas veces se había situado en el camino hácia el tiempo de la consabida feria, siempre con la esperanza de verle pasar.

Las lágrimas inundaron á su vez el rostro del mercader, quien dijo al labrador:—To-

mad esta bolsa, el oro, perlas y diamantes que contiene son vuestros, os lo doy. Pero rehusando el labrador admitir aquel tesoro, el mercader, despues de un momento de reflexion, dijo:—Amigo, tienes razon, no conociendo el valor de estas joyas, apenas sacarias, vendiéndolas, la tercera parte de su valor; pero la mejor hacienda que pueda comprarse en este pueblo será para tí.

Pocos dias despues presentóse ocasion oportuna de adquirir una de las mejores haciendas de aquel término, y el mercader, despues de haberla comprado y pagado su precio, hizo donacion de ella al labrador, quien lleno de regocijo y bendiciendo á la Providencia se instaló con su familia en la casa y hacienda de la que un mes antes estaba muy léjos de soñar que pudiese llegar á ser propietario.

Desde entonces cada vez que el agradecido mercader pasaba por aquella campiña, no deja de visitar á su salvador, haciendo siempre algun regalo á la familia.

El buen labrador, rodeado de su mujer y de sus hijos, no se cansa de repetirles:—Sed honrados siempre y á costa de cualquier sacrificio: no importa que os parezca que los hombres no ven ni aprecian vuestra virtud, ni que vuestras buenas acciones sean torcidamente interpretadas ó calumniadas. Casi nunca deja Dios de hacer manifiesta algun día la verdad, la inocencia y la virtud, y siempre acaba por premiarlas generosísimamente en una vida eterna, y muchas veces ya en la presente.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA

(Continuacion.)

63. Las vírgenes prudentes y las vírgenes necias.

Jesús continuó enseñando y dijo: «Así como en los dias de Noé los hombres no hicieron caso á las advertencias hasta que vino el diluvio y todos perecieron, lo propio sucederá al fin del mundo con la venida del Hijo del hombre. Por lo tanto vigilad, porque no sabeis la hora en que vendrá nuestro Señor.

«Entonces el reino de los cielos será semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Cinco de ellas eran necias y las otras cinco prudentes. Las cinco necias, habiéndose llevado las lámparas, no se proveyeron de aceite: las prudentes, por el contrario, tomaron juntamente con las lámparas aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en llegar, se adormecieron todas y al fin se quedaron dormidas. A media noche se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Al punto

se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Las necias dijeron entonces á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, pues nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No podemos, porque tal vez nuestro aceite no alcance para vosotras y para nosotras, id, por lo tanto, á los vendedores y comprad el que os falte. Mientras ellas se fueron á comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él en la sala de la boda y la puerta fué cerrada. Al cabo vinieron también las necias y gritaban: ¡Señor, Señor, ábrenos! Pero el esposo contestó: En verdad os digo, que yo no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis, ni el día, ni la hora.

L. C. Businger.

VARIETADES

Odio revolucionario.

Los libre-pensadores de Figueras al tener noticia del regreso de la peregrinacion á Nuestra Señora del Campo, salieron á la estacion del ferro-carri!, atacaron á pedradas á los peregrinos, destrozaron la cruz de la parroquia que había salido en procesion, obligaron á los sacerdotes á refugiarse en la estacion y desde allí despues de ocasionar varias contusiones y dejar á un caballero herido se dirigieron al centro catolico rompieron todos los cristales del edificio, hicieron lo mismo en otras casas particulares y por último saquearon la libreria religiosa,

En Paterna varios soldados del regimiento de infanteria de la Princesa entraron en la iglesia parroquial del pueblo, recibieron á Dios y en seguida arrojaron en las esteras las Sagradas formas, produciendo en los fieles el escándalo y la indignacion que es consiguiente. Los señores cura y vicario tuvieron que salir inmediatamente, recoger aquel pan de vida arrojado infamemente al suelo y levantar las esteras.

En Madrid y en Fraga han sucedido hechos análogos, llevados también á cabo por soldados de la guarnicion.

En Valencia en el comedor del café de París se reunieron el viernes Santo ciento seis individuos titulados libre-pensadores, y celebraron un banquete para comer carne y pescado y ofender así públicamente la religion en que nacieron.

Algunos de estos libre-pensadores eran de los que días antes habían apedreado la procesion del rosario y tomado parte en la hazaña de que resultó herido el honrado Francisco Navarro.

Caridad cristiana.

Por disposicion del señor Obispo de Tortosa se reparten diariamente á los pobres de aquella ciudad 400 raciones de pan.

Por disposición del señor Obispo de Lérida se reparten diariamente á las clases jornaleras de aquella ciudad 300 raciones de pan.

Por orden de Su Santidad se han repartido á los pobres de Roma veinte mil duros y se han distribuido entre las familias más necesitadas ciento sesenta camas.

Por encargo de una cristiana familia de Alcoy, las conferencias de San Vicente de Paul de aquella población han repartido á los pobres 200 raciones de pan durante quince días.

Otras personas piadosas de la misma ciudad han establecido cocinas económicas para proporcionar á los pobres sano y abundante alimento por un precio insignificante.

La congregación de la caridad cristiana de Barcelona ha repartido á los pobres de aquella capital en el mes de Febrero socorros por valor de tres mil seiscientas setenta y siete pesetas.

Otra familia católica de aquella población ha celebrado el día de su santo Patrono S. José, repartiendo panes de tres libras á los pobres de la misma.

El Emmo. Cardenal Arzobispo de Valencia, ha entregado á las hermanas de la caridad del hospital provincial diez mil reales para que atiendan á las necesidades más apremiantes de los enfermos.

El señor Obispo de Mondoñedo ha repartido á cada uno de los pobres de aquella población una peseta, una libra de carne y dos libras de pan.

En Villafranca se ha establecido una casa de siervas de S. José destinadas á la vela y cuidado de los enfermos.

En Barcelona se ha organizado una congregación de caballeros que formando parte del patronato de Nuestra Señora de las Mercedes se dedicará á visitar á los enfermos de la cárcel y enseñar el catecismo á los jóvenes presos.

En Valencia se han encargado de cuidar á los pobres dementes del manicomio diez hermanos de San Juan de Dios, á quienes la caridad ha llevado á encerrarse con ellos.

Hecho elocuente.

Le Petit Rouenés, periódico casi comunista de Francia, cuenta que habiéndose embarcado días pasados en el vapor *Victoria*, entre otros pasajeros, un sacerdote católico y un pastor protestante sobrevino una tempestad que arrojando por instantes llegó á poner en grave peligro la vida de todos. En tan crítico momento el sacerdote católico púsose á orar con serena resignación mientras el pastor protestante lleno de terror se arrojó á sus pies, y pidiéndole la absolución de sus pecados protestó que quería morir dentro de la Iglesia Católica.

Estas pruebas en favor de nuestra reli-

gion valen más que todos los libros y argumentos del mundo.

RECUERDOS

DE LAS ETERNAS VERDADES,

POR D. F. JAVIER LOZANO.

(Continuación)

LX.

Si allá pretendes entrar,
No hay en el mundo poder,
Ni aun todo el de Lucifer,
Que te lo pueda estorbar:

Solamente con guardar
De Dios los diez Mandamientos,
Y huir los vanos contentos
Que su santa ley prohíbe,
No habrá alguno que te prive
De conseguir tus intentos.

LXI.

A obtener ese infinito
Bien de tan grande excelencia,
Te harán tal vez resistencia
La carne y el apetito:

Para acallar el prurito
De una tentación molesta,
Con la intención más honesta
De un pecho lleno de fé
Reflexiona, que lo que
Mucho vale, mucho cuesta.

LXII.

No fuera gran cobardía
De un corazón muy cuidado,
No querer por un ducado
Comprar una Monarquía?

¿Quién con gusto y alegría
No renuncia los consuelos
Que el mundo entre ocultos velos
Brinda en venenosa plato,
Para comprar tan barato
Todo el Reino de los Cielos?

LXIII.

Si aquí yo me mortifico
Cuatro días poco más,
Quedo por siempre jamás
Infinitamente rico:

Necio soy, si no me eplico
Por un corto padecer,
(Que muy presto ha de tener
Preciso fin con la muerte)
A lograr la feliz suerte
De un sumo eterno placer.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS.

El Señor aflige á aquellos á quienes ama.
Hierre con varas á los que recibe en el número de sus hijos.

El amor humano solo cuida de procurar al objeto amado distinciones, riquezas y placeres sin examinar jamás las consecuencias. Es un ciego que guía á otro ciego.

El amor divino es el único amor sólido y prudente; porque lejos de lisonjear los defectos del objeto amado procura corregirlos.

En vano nuestro corazón derrama lágrimas y gime entregado al dolor cuando Dios corta por lo sano para hacer la cura perfecta.

Llegará día en que besará con reconocimiento la mano que antes le había parecido cruel.

Dios, cuando nos ama, no nos concede lo que es nocivo; antes nos lo niega, y nos quita algunas veces hasta los bienes; mas es porque estos bienes nos perderían. Sus obras nos sorprenden, mas nos son útiles, y esto basta. Nosotros las comprenderemos algún día, y entonces lo alabaremos.

Cuando en nuestras aflicciones murmuramos del procedimiento de Dios para con nosotros, somos semejantes á un niño que no pudiendo aun conocer lo que le daña llora porque su padre le quita de las manos un instrumento que podría herirse.

Echémonos en los brazos de nuestro Padre celestial que Él sabe mejor lo que nos conviene que nosotros mismos.

BIBLIOGRAFÍA

Angela.—Novela escrita en alemán por CONRADO DE BOLANDEN. Versión castellana de D. VICENTE ORTI Y ESCOLANO. Un vol. en 8.º de 332 págs. Madrid, Biblioteca de la *Ciencia Cristiana*. Villanueva, 6, 1887. Precio dos pesetas.

Esta preciosa obrita, así como la no menos interesante que se intitula *Rafael*, que tan justa estima va adquiriendo entre nosotros, son verdaderas joyas de la literatura católica alemana. Su autor, que oculta su verdadero nombre bajo el hoy ya celebrado en toda Europa de Conrado de Bolanden, es un insigne Sacerdote, inflamado en el más ardiente celo por la cristianización de las ideas y de las costumbres en su noble patria, donde por desgracia ha cundido bajo el influjo de las ideas modernas la lepra de la incredulidad y del vicio.

Recomendamos su obra con vivísimo interés, pues las personas que gustan de este género de literatura encontrarán en ella mucho bueno y nada malo: al contrario de lo que sucede en la mayor parte de las demás novelas que se escriben.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir diez ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una acción. 4 ptas. mensuales.
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 50 cént.

Por medio de corresponsal 25 cént. más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 6 bajo; y en Cuba, «La Historia», Remedios.